

GEDEÓN ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA



GEDEÓN

DIPUTADO A CORTES POR MADRID

SEMANARIO SATIRICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
DIEZ CÉNTIMOS el número
ADMINISTRACIÓN
Cortanilla de los Angeles, 1

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre.....	1,50 pesetas.
Año.....	6
Provincias y Portugal, trimes- tre.....	2
Año.....	8
Número atrasado.....	0,25
25 ejemplares.....	1,60

AÑO II

Madrid 17 de Diciembre de 1896

NÚM. 58

FINAL DE UN DRAMA



El público en masa.—[Solo] [Solo]

JUEVES DE GEDEÓN

Vaya unos días llenos de emociones los de la semana anterior, querido Calinez. ¡Que el muerto era Maceo, que el muerto no era Maceo, que el cadáver iba a ser encontrado, que el cadáver no se encontraba!... En el salón de conferencias, en la Bolsa, en los cafés, en las tabernas, en los teatros del género chico, ó sea en todos los lugares donde se reúne la gente culta de la capital, abundaban que era un portento las discusiones. Y sobre si el muerto era ó no era Maceo se hacían jugadas de Bolsa, y había palos. Yo no quise tomar parte en esas disputas, porque me tracé en seguida el razonamiento siguiente: El hecho ha ocurrido en Cuba, y el interfecto iba, según parece, bien vestido: luego el muerto es Maceo ó un pariente de Castellano.

—Pero tú sabes, Gedeón, el pánico que hubo en la Huerta?

—Hubo pánico en la Huerta? ¿Se puso a decir versos D. Antonio?

—¡Buenos versos te dé Dios, mi ilustrado amigo y diputado! Como tú no ignoras, en la camiseta y en los calcetines del muerto se leían las iniciales A. M. Además, Morlesín no parecía.

—Bueno, ¿y qué?

—D. Antonio dió orden de que le buscaran por todas partes, y nada, no era posible encontrarle. Fué llamado á toda prisa Sánchez Toca, para que olfateara su paradero. El alcalde se subió á un árbol, y dirigió la nariz hacia los cuatro vientos...

—¿Fué cuando se nubló el cielo de repente?

—Precisamente. Tampoco esto dió resultado; todo el mundo temblaba.

—Bien; ¿pero quieres explicar qué tenía que ver Morlesín con la camiseta del muerto? A mí me parece que son perfectamente compatibles, máxime tratándose de una persona cuya compatibilidad con todo está suficientemente demostrada.

—Pero no te he dicho las iniciales de la camiseta?

—Sí; las mismas que las de los calcetines; pero continuó sin comprender el pánico. ¡Ni que fuese un artículo de Sepúlveda!

—¡Fíjate bien, Gedeón, las iniciales eran A. M.

—¡Cielos! ¿ya caigo. A. M. Justo, Atanasio Morlesín. ¡Me explico que pasáseis muy mal rato!

—Es lo que decía D. Antonio: Si el muerto no es Maceo, el muerto es Morlesín. Las iniciales de la ropa interior me sumen en tan espantosa creencia. Le levantaré un mausoleo, le ripiaré un epitafio; todo cuanto se pueda hacer con la mayor inmediatez en honor de una persona querida lo haré en obsequio de sus manes.

—Oye, Calinez: ¿también tiene manes Morlesín? Yo creí que se contentaba con tener manos. ¡Ap-nas si echará firmas en las nóminas! Pero sácame pronto de esta incertidumbre: ¿cómo tuvieron término vuestros temores?

—Se oyó de pronto el ruido de un coche.

—Eso lo has leído en el folletín de *La Correspondencia*.

—No, señor; eso ocurrió en la Huerta. Te lo puedo atestiguar con Fabié, que también estaba allí, preguntando si se ponía la gasa.

—¿Qué hombre más deseoso de aparentar que lleva algo en la cabeza!

—Se oyó, como te digo, el ruido de un coche, y después nada.

—Naturalmente; se había parado.

—Todos miramos hacia la puerta, menos don Antonio, que me miraba á mí.

—No lo creas; miraba también hacia la puerta. Tú le servías de esquinazo. Lo mismo que á tí le sucede á Lastres: cree que le mira D. Antonio, y es que éste quiebra en él sus miradas para dirigirlas hacia el mico. Es todo un tratado de óptica.

—Bueno, como gustes. Ello es que en la puerta fué apareciendo D. Marcelo Azcárraga; y cuando estuvo todo él dentro de la Huerta...

—Ya pasaría rato.

—Entregó á D. Antonio un cablegrama. Lo infló el presidente del Consejo, leyólo, y dió con la mayor alegría: ¡Morlesín vive! ¡Maceo es el muerto! Lo asegura persona que en esta materia no puede mentir.

—¿Quién es?—preguntamos todos.—¡Su propio médico!—Ya, Gedeón, no había duda; ¿quién puede saber si ha muerto una persona mejor que su médico? En eso y en la cuenta no se equivocan nunca. Nos abrazamos todos con la mayor alegría, salvo Fabié, que continuaba preguntando: ¿Me pongo la gasa por si acaso? En esto llegó Peña Ramiro alarmadísimo.

—¿Pues qué ocurría, Calinez? Me tienes con el alma en un hilo.

—Señor—le dijo á D. Antonio—salvo las erres debidas, juzgo obligación mía advertir á V. E. que en las calles de Madrid se van formando grupos, que pueden degenerar en una manifestación.—¿Pero qué quiere esa gente?—preguntó D. Antonio.—He procurado informarme—repuso Peña Ramiro—y me ha dicho la policía que es con motivo de la llegada á Madrid de Martínez Campos.—¿Pero estaba fuera el general?—pre-

guntamos todos con extrañeza.—¿No saben ustedes, nos contestó el gobernador, que regresa de Cuba, después de haber entregado el mando?—D. Antonio, al oírlo, gritó furioso: ¡cebolla!—¡Cebolla!—dijo Azcárraga.—¡Cebolla!—estornudó Toca.—¡Cebolla!—exclamó Cos-Gayón.—¡Cebolla!—susurró Castellano.—¡Cebolla!—solté yo. Y Peña Ramiro, todo asustado, se parecía al *Laurada* tocando en Valencia para cargar cebollas. Afortunadamente, la aparición de Morlesín del brazo de Linares Rivas puso término á aquella sublevarción de cebollas en la Huerta. Peña Ramiro se escabulló, acompañado de Fabié, que le pedía permiso, como primera autoridad que es aquí de la provincia, para ponerse la gasa.

—Y en cuanto visteis al deseado y casi interfecto Morlesín le abrumarais á preguntas?

—No te he dicho que venía del brazo de Linares Rivas? La más vulgar discreción nos aconsejaba no preguntarle dónde había estado. Podía ser un secreto de alta política.—Ea, ya que estamos aquí casi todos—exclamó D. Antonio—podíamos celebrar Consejo.—Yo quise marcharme; pero el presidente me detuvo, diciéndome:—Usted, Calinez, representará á los ministros ausentes.

—¿Y de qué tratásteis?

—Cos-Gayón quiso hablar del Mensaje yankee (con perdón); pero no le dejamos. Ese Mensaje no ha llegado todavía oficialmente á Tetuán—dijo D. Antonio;—por consecuencia, no hay para qué citarlo. ¿Pero Tetuán es la capital que tenemos ahora?—preguntó Castellano;—pues no lo dice así mi Geografía.—Hicimos callar á Joaquinito Rodajas, y continuó el Consejo.

—Hablárais de la guerra de Cuba.

—Sí; discutimos largamente un punto de gran importancia: cómo pasó Maceo la trocha. Unos ministros decían que por tierra, otros que por mar, y la discusión tomó grandes proporciones. Yo, en nombre de los ministros ausentes, dije que, según mi opinión, Maceo no pasó la trocha ni por tierra ni por mar, sino en globo.—Usted le confunde con Francos Rodríguez—me dijeron;—pero yo tenía mis textos, y les convení.

—¿Y qué textos son esos?

—Ciertos cablegramas de Cuba que publicaron varios periódicos de Madrid. En ellos se decía, relatando un ataque á la trocha, que los insurrectos se habían valido de un globo cautivo para hacer señales. Pues bien: en ese globo pasó Maceo desde Pinar del Río á la provincia de la Habana.

—¿Te felicitarían muchísimo los ministros por una solución tan satisfactoria para Arolas como para Beranger?

—Sí; pero me arguyeron que cómo una mentira de ese calibre no se le había ocurrido ya á Zertucha.

—Oye, ¿qué clase de persona es ese doctor Zertucha?

—A Navarro Reverter, nuestro gran hacendista calvo, le merece los mayores respetos. Ha sido médico de Melena.

—Comprendo que lo mire hasta con envidia. Y de recompensas al comandante Cirujeda, ¿qué acordásteis?

—Esperar á que Weyler termine de hablar de su estrella, para ponérsela al otro en la bocamanga.

—¿Qué estrella es la de Weyler, la de Belén ó la solitaria?

—La más solitaria cada día, querido Gedeón.

—Ah, escucha: ¿Y de los insultos del estúpido Sr. Cullón?

—Para significar el desprecio que nos merecen, acordamos dar á aquél un beneficio en el Liceo Rius.

—¡Pobre Cullón! Eso me parece demasiado.

—Pues con ese acuerdo terminó el Consejo, porque estaba anocheciendo y Castellano se dormía. Entre Cos-Gayón y yo le llevamos hasta el coche; y cuando me fijé en los caballos del carruaje del ministro de Marina, me dió un vuelco el corazón. ¡Tenían los remos enfundados!

SUCEDIDOS DE LA SEMANA

La muerte de Maceo nos produjo alegría y regocijo. Ante el gran transparente del *Heraldo* la multitud, alegre, se apiñaba, y de fotografías se hizo un saldo, ya del mulato feo, ya del noble campeón de Punta Brava. Laborantes, ¿lo véis? ¿No queréis caldo? Tomad la taza llena; salid con la patraña de que ya no hace efecto el *viva España!* Buena derrota, buena, buena, buena! El propio Castellar, con gozo, alaba á los héroes sin par de Punta Brava: con pañuelo de nipsis, limpiándose la baba, se encuentra al ver la hazaña de los *pipis*. Gedeón, en este día, brinda por la española infantería, cuyo empuje valiente no hay quien pueda

resistir. ¡Oh, esforzado Cirujeda, la patria te bendice, y agradece tu esfuerzo soberano! Y aún no falta quien dice que de ti siente celos Valeriano; que la ocasión no supo, calva ó mocha, coger el paso, aunque su *vista* es mucha, y el mulato feo, pasó la Trocha, según nos dice el médico Zertucha, que es una buena trucha.

La gente ¡oh, Valeriano! satisfecha se halla del comandante, que, por dicha, coge á Maceo y Gómez, los estrecha, los acosa, los rompe; el uno espicha, se hunde el otro el pánal hasta la encha, y así, de un solo golpe, á dos despacha, con acierto magnífico.

Cirujeda, tan bravo cual prolífico. Viendo esto, ¿es de extrañar que se entusiasme el propio Castellar, y que, echándose atrás, sobre el respaldo del fratero sillón, dé varios xivas, como los que las gentes dieron á Cirujeda... y al *Heraldo*?

Y ¿está bien, Valeriano, que recibas tú las enhorabuenas eloquentes, con que te obsequian varios caballeros jefes de voluntarios y *bomberos*?

Deja que en Cuba se hable de ti, y aguarda *nuevas* por el cable. Posible es que esas *nuevas* no te sepan á breva;

puede ser que no sepas ó no *sabas* que allí en la Huerta ya *rayado* estabas, ya había recibido Morlesín la orden de que te dieras al mar, *incontinenti*, en el acto.

No te quedes por ello estupefacto, pues no falta quien quiera

hoy dártela de *primo* (el otro consonante no le *avrimo*, porque del mar estás en la *ribera*).

Ya sabes que es profeta Gedeón: Valeriano, aprovecha la ocasión,

y, en triunfante carrera, procura recorrer esa isla entera,

porque no *gruñe* el senador Cullón sus frases ofensivas,

y porque á ti también te *lancen* vivas, y venciendo en la lid,

igual que el comandante Cirujeda, vender a cientos tus retratos pueda el salón del *Heraldo* de Madrid.

GENERALIDADES

Si no existiera Weyler, habría que inventarlo.

Para que comunicase á la nación, ansiosa é impaciente, esa frescura de ánimo y ese optimismo encantador que harán célebre en la Historia al celoso capitán general... de Cirujeda.

El cable, al transmitirnos despachos oficiales de la Habana, no desila amargas gotas del agua de mar, sino que chorrea dulces hilillos de miel de la Alcarria.

—Estoy satisfechísimo de mi plan sobre Pinar del Río.

Y al día siguiente se colaba Maceo por entre la malla de la tupida red.

—Gracias, gracias, amado pueblo—exclamó el general recibiendo sus ovaciones en el campamento de Carambola, digo, en el palacio de la Habana.

Y al mismo tiempo entraban los rebeldes en Placetos lo mismo que Pedro por su casa.

—No se ha acabado mi buena estrella—sigue diciendo el general.

Olvidando que él no ha ido allí para que 200.000 hombres mimen y aviven su buena estrella, sino para que extingan la otra estrella que acaba de perder una de sus puntas: la estrella solitaria.

—Pero Gedeón, ¿qué hace usted?—me dirá algún lector timorato—¿no ve usted que está haciendo el caldo gordo á los laborantes? ¡Mucho cuidado con lo que se habla!

—Todo está previsto, querido lector, y nada importa que los laborantes tengan su caldo gordo, puesto que con gallinas de sobra cuentan en sus corrales de Cayo Hueso, en sus mercados de París y en sus bohíos de Vuelta Abajo.

Pero digamos como el gran saírico:

*¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿nunca se ha de decir lo que se siente?*

Buena es la prudencia, y santo el patriotismo; pero ni aquella ha de rayar en mansedumbre ni éste en mutismo, á cuyo amparo encuentran inviolabilidad los caudillos sin suerte.

¿Será efecto del clima?

¿Será que así como diariamente se convierten en militares aguerridos y en soldados veteranos los chicos del campo que jamás empuñaron más que la esteva, se da también el milagro de que los caudillos invencibles y prestigiosos se conviertan en inocentes palurdos á quienes da cualquiera el timo de los perdigones?

Ello es que D. Valeriano salió de caza después de haber preparado por tanto tiempo su coto donde, según calculaba el propio cazador, habría que apartar a las perdices con el cañón de la escopeta para poder tirar a los conejos.

Tal era de abundante la caza.

Salió nuestro cazador, recorrió leguas y leguas, anduvo el coto de punta a cabo, y regresó lleno de júbilo y con el morral vacío.

—¿Qué tal la caza?

—Un éxito, amigo mío.

—¿Dónde están las piezas?

—No he traído ninguna.

—Pues entonces, ¿dónde está el éxito?

—Y, ¿le parece a usted poco lograr que los conejos huyan y que las perdices no me acometan?

—Pues á propósito, ahora acaban de matar ahí una de las más gordas.

—Mía es.

—¿De usted?

—Como que acabo de espantarla.

Esta es la hora en que no sabemos á quién corresponde la pieza muerta.

Lo único indudable es que las demás siguen correteando como se les antoja, y pisoteando donde les place.

—Bueno; en resumen—dirá el impaciente lector—¿Gedeón, lo que quiero es otro relevó.

De ningún modo.

Gedeón piensa como la vieja de Siracusa:

—Dios nos conserve mucho tiempo á Dionisio el Tirano, porque así como éste hizo buenos á sus predecesores, el que viniese detrás haría bueno á Dionisio.

Gedeón "moreno,"

Fernández Sô (1) y López Silva han puesto á Sôpir en chulo y todavía está Sôpir más resentido del músico. Si este escribió cuatro notas y López Silva hizo el diálogo y el argumento es de Sôpir. ¿qué es lo que hizo Sô? ¡Pararlos!

DE OJO

Nada, que no tiene cuenta el heroísmo.

Hace usted una hazaña magnífica y un bien á su patria, como han hecho los héroes de Punta Brava, y ¡zas! vienen los hombres políticos y literarios á estropear la acción con sus elogios y sus retóricas de similor.

Escojamos algunos botones de muestra.

I

Habla ¡ah! D. Emilio, y ¡oh! dice:

«El coraje indecible de nuestro ejército, contrastando fuerzas decuples sobre las suyas, descabecó la hidra, en el momento mismo de meter este monstruo dentro del emporio capital de nuestra colonia su cabeza verdaderamente apocalíptica.»

Vamos, que pasar tantos trabajos y dar tales pruebas de valor para que luego le falten á uno en esa forma...

Señor D. Emilio ¡ah! antes sabía su paternidad lo que hablaba; ahora ya ni aun eso. ¿Ha olvidado ¡oh! su paternidad que una cosa es coraje y otra muy distinta valor? ¿No aciera ya su paternidad á decir lo que se propone, ni aun diciéndolo de una manera tan cursi? ¿Qué es eso de *fuerzas decuples sobre las suyas*? ¿Por qué era apocalíptica la cabeza de Maceo?

Señor D. Emilio ¡uh! Cuelgue su paternidad la pluma, ó en régnesela á Campillo para su colección.

II

Ase después la pluma el hombre de la daga, y escribe:

«Así, esta gloria del combate de Punta Brava, y este comandante Cirujeda, que tantas veces había luchado con igual ardimiento y ahora ha recogido lauro tan preciado, nos conmueve tanto y agita con tanta viveza el público sentimiento.»

Aparte los horrores de la concordancia, ¡je, je!, don Francisco, eso de unir una gloria con un comandante como sujetos del mismo verbo, será muy maquiavélico, ¡je, je!, pero es indicio de una gramática impropia del hombre de la selección.

De todo tiene el párrafo menos de selecto.

Verdad es que, ¡je, je!, D. Paco no dirá selecto, sino *seleccionado*.

III

Comparece en tercer lugar el Sr. Maura, y aplicando al castellano las reformas de Cuba, provoca la siguiente insurrección:

«Pues cada soldado personifica la patria entera; una tal cifra de glorias y derechos soberanos parece insuperable nobleza.»

(1) Fernández Sô y Shakespeare se parecen únicamente en que sus apellidos no se pronuncian como se escriben.

Ni más, ni menos.

Ustedes comprenden que ni el doctor Zertucha escribe peor.

Vamos, el Sr. Maura será todo lo orador que D. Germán guste; volverá á ser ministro, si á mano viene (y ojalá no venga); pero, como pro-sista, lo es peor que D. Antonio Cánovas, á pesar de *La Campana de Huesca*.

IV

Más adelante, el Sr. Barrio y Mier da la nota patriótica un poco baja, diciendo que «las manifestaciones de entusiasmo y simpatía se hacen á favor del ilustre Cirujeda y de los bravos soldados de San Quintín», olvidando que no es *favor*, sino justicia seca tal entusiasmo.

V

Pero todo lo dicho es gloria en comparación con lo emitido por el Sr. Esquerdo, en cuyo artículo deben de haber colaborado algunos de los amigos que tiene el doctor en Carabanchel.

«La serie de hechos — dice — ocurridos en la provincia de Pinar del Río, Trocha de Mariel-Artemisa y sus inmediaciones, no pueden ser hijos del acaso.»

¿Qué han de ser? Ni tampoco son hijos del acaso la serie de solecismos y faltas de construcción cometidos en la trocha de Madrid-Carabanchel por el doctor para escribir eso y añadir que el entusiasmo estaba «enfocado en Punta Brava y sus inmediaciones», y «que hablaba el pueblo español, sin viles discernimientos», y á más de esto hablar de «el *caso* precepto» (¿qué lengua será esa?) y de las «audaciosas cargas á la bayoneta...»

La verdad, para escribir en idioma tan audaz hace falta prescindir de viles discernimientos y dejarse de gramáticas, que el loco en su casa Esquerdo.

VI

El exministro republicano D. Nicolás Estévez nos escribe atentamente desde París, manifestándonos que fué ajeno por completo á la publicación de un fragmento de artículo suyo en cierto periódico filibustero de dicha capital.

Al Sr. Estévez le sorprendió la reproducción de su escrito, hecha por el aludido papelucho con manifiesta mala fe. Nos complacemos en consignarlo así, bajo la firma del Sr. Estévez, pues ya dijimos en nuestro *Ojo* referente á este asunto que, no sólo Gedeón, sino todos los españoles, se holgarían de ello.

Y armas al hombro

Despacho de la Habana:

«El cónsul inglés en esta capital, ha felicitado hoy en nombre de su Gobierno al general Weyler, como representante del ejército que pelea en esta antilla.

El cónsul general dedicó grandes elogios á las tropas españolas y especialmente á la columna Cirujeda.»

Ese «especialmente» no ha debido ser del especial agrado de Su Excelencia.

Porque el general Weyler fué á Cuba como tantos otros buscando un pedestal.

Y ese pedestal no puede ser ¡ay! la «columna» Cirujeda.

Cuestión arreglada:

«El Gobierno ha recibido ayer telegramas de los generales Blanco y Polavieja, anunciándole la entrega del primero y tomo de posesión del segundo del cargo de gobernador general del archipiélago Filipino.

Ambos generales saludan muy expresivamente al Gobierno.»

Muy expresivamente.

Nada; que me parece estar viendo las manos y los dedos de ambos generales saludando «muy expresivamente» al Gobierno.

El Paso honroso:

«Los jefes y oficiales de los cañoneros que custodian la bahía de Mariel, niegan que la noche del 1 pasase por allí bote alguno, y por tanto que Maceo no ha pasado por mar.»

—Y tú, ¿qué opinas, Piave?

—Que tienen razón los marinos; no ha pasado por mar.

—Pues yo me afirmo en lo que dice Arolas: por tierra no ha pasado.

—Entonces, ¿habrá cruzado por los aires?

—Nó; mas ha podido pasar por debajo de tierra; ¿no sabes que se ha descubierto una mina?

—¡Ah! sí; el doctor Zertucha.

Dice un colega:

«El general Beránger ha llevado á Consejo dos expedientes: uno de adquisición de correajes.»

¿Para qué demonios querrá tanta correa el señor Beránger?

¡Si ahora la prensa ya no se mete con él!

Leo:

«Ha salido para Valencia, para asuntos propios, el Sr. Moret con su familia.»

Advertimos al Sr. Moret una cosa por si quiere volverse.

El *Laurada* ya no entra en Valencia.

Ecos de París:

«El único detalle curioso de la entrevista de Betances con el redactor del *Quil Blas* es la indicación de que sustituirá á Maceo el titulado brigadier Rius Rivero.»

¿Qué opina de este cabecilla el señor conde de Peña Ramiro?

¿Verdad que no debemos ni pronunciar su nombre?

Le Gaulois, echando su cuarto á espadas envainadas, con motivo de la muerte de Maceo:

«El órgano monárquico parisiense opina que después de este éxito la paz se facilitaría concediendo, en brevísimo plazo, las reformas votadas por las Cortes.»

Lo mismo opina Sagasta.

Y Moret.

Y Maura, por de contado.

Pero ni Sagasta, ni Maura, ni *Le Gaulois*, ni Moret comprenden una cosa.

Que si ahora se concedieran las reformas, resultaría que había conseguido más Maceo muerto que Maceo vivo.

¡Vamos, hombre! ¡Ni el Rodrigo Díaz de Vivar!

Allá va ese viaje:

«Esta mañana salió para Guadalajara con el objeto de revistar los Colegios de Huérfanos de la Guerra, el capitán general don José López Domínguez, presidente de los consejos de administración de los mismos.»

Esta primera entrevista del general López con los huérfanos debió de ser interesante y conmovedora.

Porque él también es huérfano.

De tío.

Otro golpecito al *Laurada*:

«El capitán de dicho buque ha manifestado que jamás fué su propósito tocar en puerto alguno de España.»

Ha hecho bien.

Porque aquí, al son que nos tocan... bailamos.

Un diario pregunta:

«¿Quién es Zertucha?»

Pues una especie de doctor Dulcamara.

Sin elixir.

Y con cuerda para veinte días.

Otro diario dice de él:

«D. Máximo Zertucha tiene unos cuarenta años y es bastante listo, y sobre todo muy inquieto.

Residía hace años, como médico rural, en Melena del Sur.»

Ya se le conoce.

Porque nos está tomando la Melena del Norte.

Y otro periódico añade:

«El Sr. Zertucha fué, pues, primeramente autonomista, luego constitucional, más tarde izquierdista, después otra vez constitucional, últimamente separatista, y ahora presentado y otra vez español.»

¿Qué lástima de... columna de San Quintín!

Porque ya es hora de que descanse en paz.

La sociedad El Areópago Madrileño celebró hace días su primer *agape*, verdaderamente espléndido.

D. Amós Salvador, presidente del Círculo de Bellas Artes, pronunció á los postres elocuentes palabras. Contaron saladísimos cuentos Julián Romea y Rafael Santa Ana, y los representantes de Gedeón, que, por padecer anginas, no pudieron hablar, cantaron en el salón japonés un himno titulado *Congratulámini*, que será adoptado como pieza de concurso por los areopagitas.

NUESTRA G.

Como observarán los lectores, el Gedeón que ocupa la cabecera del periódico sale hoy vestido de profeta. Obedece esto á que en el número anterior profetizó dos acontecimientos tan importantes como la muerte de Maceo y el regreso de Blanco. De hoy más, en cada número soltará una profecía del mismo ó mayor calibre, garantizando por tres meses su exactitud. No colabora con Noherlesón.

Profecía gedeonica

El general Polavieja empezará á enterarse de que en Filipinas todos son Padres.

NUESTRO ALMANAQUE

Por fin se pondrá mañana á la venta nuestro *Almanaque*.

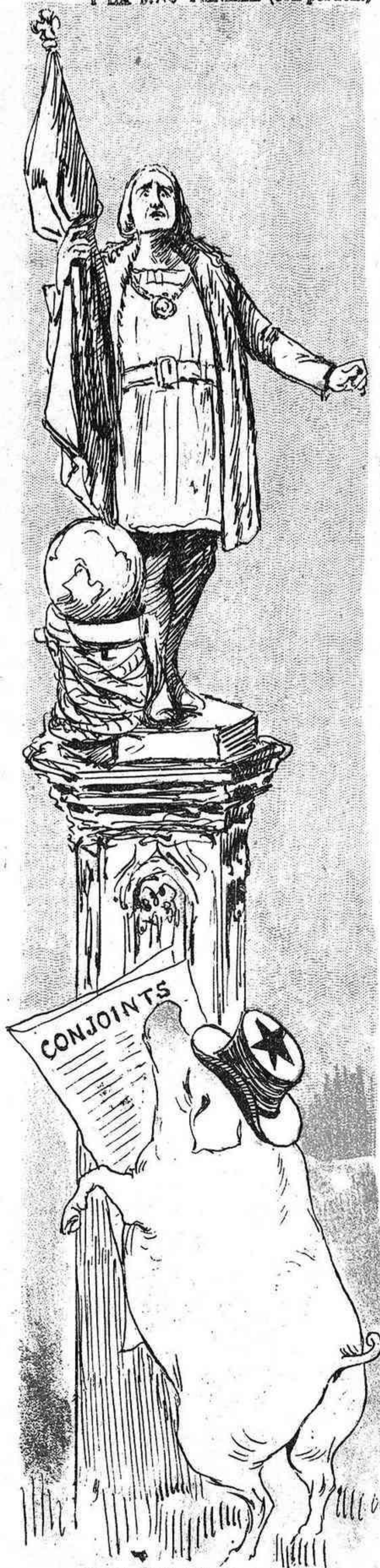
Los muchos pedidos que de provincias tenemos se servirán á la mayor brevedad posible.

Insistimos en el precio: UNA PESETA.

Establecimiento tipográfico de E. Jaramillo.

San Agustín, 2. Madrid

LA PRIMERA FIGURA DE AMERICA Y LA MÁS YANKEE (con perdón.)



COLÓN Y CULLÓN NUEVO DICCIONARIO de la Real Academia Gedeónica.

(No confundir con la de enfrente).

(Continuación.)

APARTADERO.—Para los concejales, la Diputación; para los diputados provinciales, el Ayuntamiento. También son buenos apartaderos el Consejo de Estado, la Junta de clases pasivas y otros varios depósitos de momias y momios.

EXPLOSION DE JUBILO CON MOTIVO DE LA MUERTE DE MACEO

EN LA «HUERTA»

Produjo la noticia inmensa y natural satisfacción, lo mismo en el conspicuo hortelano que en todas las hortalizas ministeriales.

El presidente del Consejo se admiró hasta el punto de quedarse bizco.

Sin embargo, el Sr. Cánovas comprende que el entusiasmo no debe ser general, sino comandante.

El único que en la Huerta no se ha entusiasmado ha sido Morlesín, que empieza a sentir celos de Cirujeda.

El Sr. Cánovas, ansioso de abrazar a Weyler, piensa en telegrafiarle que venga cuanto antes por aquí.

EN EL CÍRCULO LIBERAL

Se han adornado los balcones con tapices antiquísimos y remendados; es decir, con muchas reformas.

La gente, asombrada y silenciosa, contempla desde la calle las colgaduras fusionistas, y nadie le ve la Punta Brava.

Algunos afirman que D. Práxedes, el ilustre presidente del Consejo de Administración del Norte, ha equivocado lastimosamente las agujas y se ha metido en el apartadero.

Moret sigue dando clase diaria explicando de cuántas maneras se puede tocar el violón.

Como el importante encuentro que es hoy objeto del interés público, ha ocurrido cerca de Marianao, D. Práxedes ha escrito a su casero preguntándole si ha tenido novedad.

Marianao ha contestado a su inquilino que gracias por el arriendo; pero que no le arrienda la ganancia.

EN PARÍS

El doctor Betances ha hecho saber a sus amigos la grata noticia de que Maceo ha resucitado.

Los diarios filibusteros publican la esquela de defunción del mulato, escrita por los laborantes de París, primos todos ellos del cabecilla.

Existe el propósito de enviar a Máximo Gómez, como regalo de Pascuas, un árbol de Navidad. A ver si tiene de donde ahorcarse.

Los diarios más importantes de París siguen pregonándose cerca de la columna de Vendôme.

En la embajada española siguen haciéndose grandes preparativos para una fiesta que se celebrará en dichos salones a la mayor brevedad. Sabido es que el duque de Mandas celebra su fiesta onomástica el día 28 de este mes.

EN MANILA

Aparecen colgados los balcones.

A quienes no han colgado todavía es a Rizal, a Rojas, a Paterno, a Luna Novicio y otros pintamonas.

En cuanto se ha tenido noticia del combate de Punta Brava, se han abrazado públicamente los generales Blanco y Polavieja.

Desde que D. Favila y el oso se abrazaron no se recuerda en la historia un abrazo semejante. El cable sigue amarrado y el marqués de Peña Plata también.

EN GOBERNACIÓN

Háblase de quitar para siempre la bola que corona al ministerio para que nadie duende de la muerte del mulato.

El Sr. Cos Gayón se ha apresurado a inscribir en el censo electoral a Antonio Maceo.

Como se ignora a punto fijo el paradero del cadáver, hoy han tenido una interesante conferencia el ministro del ramo con el gobernador de la provincia señor conde de Peña Ramiro.

Este ha prometido enterarse de si al fin se levanta o no se levanta el muerto.

EN LA UNIVERSIDAD

Los estudiantes de la calle Ancha, y manga de lo mismo, han acordado publicar un manifiesto diciendo que no entran en clase por varias razones importantísimas.

1. Porque no les da la gana.
2. Porque hay viruela.
3. Porque ha muerto Maceo. Etc., etc.

Acto seguido se han puesto en marcha con dirección a la calle de Alcalá por enterarse de si se ha pacificado por completo el Pinar de las de Gómez.

EN EL AYUNTAMIENTO

Sabido es que el pueblo de Madrid ha concedido perdón y olvido a los concejales, haciendo una manifestación patriótica ante el Ayuntamiento.

- Viva Sánchez!—gritaban unos.
- Viva Tocal!—decían en las apreturas.
- Viva la marcha de Cádiz!
- ¡Qué salga el alcalde con premura!—gritó la multitud.

El alcalde salió al balcón.

—Y Premura, ¿no sale?—dijeron entonces.

A lo cual respondió un teniente de alcalde.

—Premura está ocupado en meter unos pellejos de vino que tenía en el extrarradio.

NUESTRO EMBAJADOR EXTRAORDINARIO



En vista del Mensaje de Cleveland acerca del *home rule*, parece cosa acordada el nombramiento de D. Emilio para arreglar el asunto.

APARTADJO.—La fracción moretista del partido liberal.

APARTADO.—Se va cansando de estarlo ¡ahl don Emilio.

APARTAMIENTO.—No es lo mismo que *selección*, diga lo que quiera el Sr. Silvela.

APARTE.—Los más notables y de mayor actualidad son los que hace Mr. Taylor con varios personajes de cuyo nombre no queremos acordarnos.

APASIONADO.—Gedeón lo es de sus caros amigos Bustillo, Amanuel, Zeda, etc., etc.

APATIA.—Cualidad distintiva de los muchos ministros de Estado que en España han sido.

APEARSE.—Lo que todavía no ha hecho el negro Menelik con los italianos, por lo cual éstos se dedican a defender a los negros de Maceo. Los italianos, como todo el mundo sabe, no consienten que nadie se apee de ellos. Que aproveche. || *Apear-se por las orejas.*—Lo que le puede suceder al Gobierno con el *machito* en el que va tan a gusto.

APEDREAMIENTO.—Lo que se ganará Imbriani (que, con perdón, así se llama) si viene a España.

APEDREAR.—Lo que hacen el senador Cullón (también con perdón de ustedes) cuando habla y los vates peruanos y guatemaltecos que escriben sonetos a Maceo.

APEGO.—Afecto especial del Sr. Navarro Reverter a la cartera de las Finanzas, y de D. Segis a la de Negocios Extranjeros.

APELACIÓN.—Lo que no admite D. Antonio respecto de ningún juicio suyo. En cambio, de los juicios de Gedeón, cabe apelar a Piave, a Calínez y a Bustillo.

APELADO.—Lo son los Sres. Navarro Reverter y Castelar. Como que ninguno de entrambos tiene pelo.

APELAMBRADO.—Amanuel.

APELMAZADO.—Zeda, en clase de crítico; Iglesias, en clase de poeta, y Felit en todas las clases.

APÉNDICE.—De D. Gaspar, Colorado.

APERCIBIR.—Bonafoux cree que significa *notar*, pero no le hagan ustedes caso en eso... ni en lo otro.

APERITIVO.—Lo que no han menester los fusionistas.

APERREADO.—Mucho lo está Ramón Guerrero con su abono, según dicen. Luego, puede que todo ello sea el *mons parturiens*.

APERTURA.—Solemnidad que suelen aprovechar todos los sabios en la *latencia*, para abusar de la candidez del público.